

res, con transcripción de piezas de Vicente Fidel López, D. F. Sarmiento y Salvador Sanfuentes, hasta entonces conocidas sólo fragmentariamente. Completó este trabajo más tarde con otra colección documental no menos valiosa: *La controversia filológica de 1842* (1945). Los títulos de estas obras revelan cuánto interés tenían para nosotros las investigaciones enunciadas, verdaderas revelaciones muchas veces, para la estimación completa de un momento en que los argentinos buscaban cordial asilo en Chile.

Norberto Pinilla, por otra parte, visitó la Argentina, dictó conferencias en Buenos Aires y se vinculó cordialmente a nuestros ambientes intelectuales.

Su actividad de catedrático no fué menos activa que la de ensayista. Dedicó gran parte de ella a las Escuelas de Temporada de la Universidad de Chile, institución novedosa en nuestra América, a la cual sirvió con celo entusiasta. Tuvimos el privilegio de escuchar sus lecciones en el curso que dictó en 1943 en esas Escuelas y estimar sus dotes para la cátedra. Las últimas cartas llegadas a nosotros revelaban preocupación por libros que elaboraba con fervor: una historia de la poesía chilena y un estudio sobre el modernismo en ese país. Las letras americanas pierden pues a uno de sus representantes que, por su obra realizada, su fina discreción crítica y su definido estilo, auguraba valiosos frutos. —A. P. L.

Monumento a Darío

Por su interés permanente y por la belleza y emoción de sus conceptos, publicamos ahora el discurso que pronunciara en el acto de inauguración del Monumento a Rubén Darío el poeta Roberto Meza Fuentes:

«Rendimos hoy, por el amor de la poesía, tributo de emoción y de justicia, que es homenaje de belleza, a quien en el comienzo del «canto errante» que fué su paso por el mundo arrancó a su

lira adolescente sonos de bronces y arullos de seda para cantar a esta tierra a la que, con ternura filial, llamó su segunda patria.

«El «Canto Epico a las Glorias de Chile» representa en la obra juvenil de Rubén Darío el anhelo de una poesía que hace del poeta el abanderado civil de grandes ideales humanos. Y, ¡cosas de la vida!, esta poesía viril y enérgica, saludable y robusta, nació paralelamente a sus «Rimas» y «Abrojos» en los que un ácido desencanto nos muestra un alma en derrota ante el acecho inexorable de la duda y la desesperanza.

«Ya va a florecer el alba de «Azul», libro en cuya prosa y en cuyo verso aparecerán los temas fundamentales de la revolución que conmueve el alma de dos continentes.

«Rubén Darío, que hasta entonces no ha salido de Nicaragua y Chile, inicia desde Santiago y Valparaíso la forja sutil de un nuevo estilo, la creación de una inaudita poesía.

«El canto, entre nosotros nacido, hace de retorno el viaje de las carabelas del descubrimiento y, mensaje de espíritu, clava, vibrante, su saeta de amor en el corazón de la antigua metrópoli.

«Hoy Rubén Darío, a quien siempre sentimos tan entrañablemente nuestro, pertenece a la cultura hispánica y universal como la voz más pura, como el acento más armonioso, claro y profundo de su tiempo y de su raza.

«Después de su hazaña, todos en España y América, hasta sin saberlo, acaso, algunos, sin quererlo, hablamos un nuevo lenguaje. Tal fué el milagro de su presencia entre nosotros, tal el don del poeta que anima y alienta con su mano creadora el silencio de las cosas para que, raíz y estrella, flor y guijarro, capullo y ala, brizna de hierba humilde y corazón atormentado del hombre rompan a cantar como en el sueño de una nueva creación regida por el amor e iluminada por el sol sin ocaso de la eterna esperanza.

«Aquí estamos, poeta, los que todavía creemos en la gracia

perenne del canto que resucita y retorna como la primavera para instaurar el imperio de la belleza y la armonía en el mundo.

«En esta tierra que fué tuya, tierra que te dió libros, amigos y sueños de amor, estamos, tú, presente, prosiguiendo el coloquio con los que fueron tus hermanos de bohemia juvenil e impetuosa.

«En el reino del espíritu jamás se pone el sol. Por eso, por estos caminos que se visten de primavera como cuando tú los hollabas con la sandalia alada de tu canto, asistimos hoy al renacimiento de tu poesía que es norma de claridad y de pureza cuando la confusión golpea a nuestras puertas para obscurecer la belleza en un torvo demente designio suicida.

«Siempre están con nosotros, como contigo estuvieron, la alegría pánica del canto y el amor helénico de la forma pura. Siempre, como en el banquete platónico, amor preside vida y poesía en un anhelo de eternidad nunca alcanzado.

«Eternidad es tu canto. Eternidad frente a la cordillera de granito y cristal que amaste y admiraste: eternidad frente a la pampa de esmeralda en esta Canaán del nuevo mundo en que fuiste el melancólico pastor de la esperanza; eternidad en tu Nicaragua azul de lagos y volcanes con la Margarita en flor de tu cuento que perfumó de amor mentes y corazones de niñez y adolescencia en toda la ancha faz del mundo de habla hispánica; eternidad en tu canto civil en que David frente a Goliat, dejaste escrito para siempre, como si con las estrellas escribieras en el cielo, la congoja del continente nuestro que te alumbró en el mágico edén de Nicaragua y arrulló tu infancia triste con las canciones de cuna de nuestro eterno solar indoespañol.

«de la América ingenua que tiene sangre indígena,
que aun reza a Jesucristo y aún habla en español»

eternidad en los caminos de gradía, claridad y elegancia de la Francia inmortal de tus amores que es, por siempre, la patria

de los hombres libres de toda la tierra: eternidad en tu verso cosmopolita que abraza cielo, mar y mundo terrestre en una sed de unidad en que riman la belleza del alma con la pureza del canto: eternidad en tu verso rural, eglógico, provinciano, matinal, prístino, original, inicial, mano que acaricia con seda del cielo las cosas de la tierra en un mágico retorno imaginario al paraíso perdido de la infancia,

«bajo el nicaragüense sol de encendidos oros»

«Bien estás en Chile, tu segunda patria, genial y divino indio triste, nicaragüense azul y universal. Prosiguiendo el camino a la cumbre por estos mismos senderos que tú cruzaste en tu adolescencia inmortal está tu amigo del alma José Enrique Rodó, el poeta filósofo de Montevideo, que dijo de Chile las palabras más bellas y generosas que jamás se han pronunciado en la noble oratoria viril de los parlamentos y que, evangelista de tu poesía, tuvo la adivinación de tu genio cuando «Prosas Profanas», tu libro de Buenos Aires, llamaba a escándalo a publicanos y fariseos que en jaula de sentido común querían apriornar el ala libre del verso abierta en el vuelo auroral de la metáfora, llena de sol, de música, de juventud y de alegría.

«Aquí estamos. Rubén, diremos con tus palabras.

«Padre y maestro mágico, liróforo celeste
que al instrumento olímpico y a la siringa agreste
diste tu acento encantador;

Pánida, Pan tu mismo que coros condujiste
hacia el propíleo sacro que amaba tu alma triste
al son del sistro y del tambor».

porque, para hablarte, el lenguaje nuestro se rompe y sólo son dignas de entonar tu loor las palabras que tú dijiste en loor de tus pares en el Reino del Espíritu.

«Cerca de ti, en este río de flores, rumoroso con la primavera que se llena de nuevas galas con tu canto, corre el río indígena que amó el conquistador hispano, el río que quiebra su vena de cristal en que la cordillera eterna se desgarró el alma como tú desgarrabas la tuya en la eternidad de tu canto.

«Tú devolviste al español su don ilustre soñando desde el río indígena el ilusorio retorno a la España materna del vellocino de oro de tu canto que en dos mundos inundó de claridad el Reino del Espíritu.

«Y aquí, en la eterna presencia de su poesía, contemplados por este paisaje de idilio que amaste y cantaste, juramos, hijos de tu espíritu, fidelidad a la belleza que es en tu poesía, como en el destierro de tu vida, norma de claridad, camino de esperanza, sueño del hombre que, por la alegría pánica del canto, criatura de Dios, crea él mismo su mundo y da nombre a las cosas, Dios de nuevas criaturas cuyos corazones vibran como cuerdas de lira en armoniosa y eterna sinfonía universal».